

Al racionalismo continental, que desde Descartes llega hasta Leibniz, se le ha llamado, no sin razón, *racionalismo dogmático*. Estos filósofos parten de la razón y la aceptan como si se tratase de un dogma. Descartes analiza los conocimientos ya elaborados para encontrar entre ellos la verdad y el principio de su construcción filosófica; del análisis de otra idea deduce la existencia de Dios y del mundo exterior; guiándose de la claridad y distinción de las ideas, en fin, construyen él y sus seguidores la teoría de las dos sustancias. Pero lo que nunca se preguntaron estos filósofos es qué sea la razón misma y cuál su funcionamiento, es decir, el modo como elabora las ideas. Y esto es, precisamente, lo que se plantean los filósofos de otra corriente de pensamiento que se inicia en Inglaterra durante la época de Leibniz (segunda mitad del XVII): la que se ha llamado *empirismo inglés*.

Los empiristas ingleses no se salen por ello de la mentalidad racionalista, que es general en la filoso-

fía moderna. Ellos pretenden también encontrar la verdad en un análisis de la razón y suponen asimismo que la realidad en sí posee una estructura racional. Pero no se aplican a un análisis de las ideas ya elaboradas, que posee la razón, sino al examen de cómo elabora la razón sus contenidos y de qué primeros elementos parte. La razón no será ya para estos filósofos un depósito de ideas y principios, que serían también principios de la realidad, sino una máquina cuya estructura hay que conocer para conocer así la génesis de lo real.

El primer filósofo de importancia dentro de esa corriente fue John *Locke* (1632-1704). De un modo semejante al de Descartes, Locke, saturado de la enseñanza complejísima y dogmática que recibió en Oxford, busca la sencillez y claridad de una verdad inmediata y de un método seguro que sanee y simplifique aquel ambiente. Es característica general del pueblo británico una pasión por las cosas concretas, prácticas y eficaces, cuyo reverso es una natural aversión a toda clase de abstracciones, principios o fórmulas que le aparten de la realidad viva y operante. Por eso no ha sido Inglaterra país de grandes filósofos constructivos, ni de grandes reformadores, sino más bien de políticos, economistas y militares. Ella ha heredado, en cierto modo, el genio político del Imperio romano, maestro en la incorporación pacífica de pueblos y autor de una tradición política de continuidad secular y de eficacia en la administración y en la justicia. Este carácter se refleja en la filosofía empirista, típica creación británica, e inspira el pensamiento de Locke desde su iniciación.

Locke comienza por desconfiar del método adoptado por Descartes, consistente en analizar las ideas del pensamiento para aprehender en ellas la realidad inmediata e indudable. El método cartesiano suponía implícitamente la existencia en el espíritu de

ideas innatas (que nacen con el mismo espíritu), es decir, no procedentes de la experiencia sensible, tales como las ideas matemáticas, la idea de Dios, etc. Locke inicia su obra demostrando que el espíritu no posee tales ideas innatas, esto es, que adviene a este mundo como un papel blanco en que nada se ha escrito. Todo procede de la experiencia, de los datos sensoriales, que es lo primero que adquiere el espíritu del niño. Locke exhuma en su apoyo una conocida sentencia que los escolásticos aristotélicos (los tomistas) empleaban contra los platónicos: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* (nada hay en el entendimiento que no haya estado antes en el sentido).

Como recordamos, Platón creía que las ideas universales eran poseídas por el alma de un modo innato porque las contempló en una vida anterior y en ésta puede recordarlas. Frente a esta opinión, los aristotélicos sostenían que las ideas se obtienen por abstracción a partir del conocimiento sensible de las cosas singulares. Ellos emplearon, pues, el aforismo que ahora renuevan los empiristas, pero en un sentido completamente distinto al que éstos le dan. Los empiristas pretenden, al enunciarlo, no que la idea es algo distinto de la sensación que necesita de la previa existencia de ésta para ser forjada, sino que la idea o concepto es un simple complejo de sensaciones, esto es, que se forma de la combinación de éstas. Las sensaciones son la única realidad del espíritu, de la que se originan todos los conocimientos. Locke designa con el nombre genérico de «idea» a todo producto o hecho psíquico—o sea, del espíritu—tanto a lo que nosotros llamamos sensación como a lo que entendemos por percepción o por imagen, por recuerdo o por idea propiamente tal. Y divide las ideas en lo que él llama «ideas simples» e «ideas compuestas». Las primeras

son las sensaciones, y ellas son, para él, el dato originario y verdaderamente real que posee nuestro espíritu. Otro empirista famoso—Condillac—simbolizaba la situación inicial del espíritu por una estatua que tuviera sólo la facultad de recibir sensaciones y la de hablar. Y al acercarse a esta estatua una rosa, la estatua diría: «soy olor de rosa»; al hacer sonar una trompeta ante ella diría: «soy sonido de trompeta». Es decir, el espíritu, antes de recibir una sensación, no es nada; cuando recibe una, podría definirse a sí mismo como esa sensación recibida, porque ninguna otra cosa hay en él. Después, por la memoria, poseería varias sensaciones a un tiempo y aprendería a distinguir las entre sí y a sí mismo de ellas. Por fin, por una facultad asociativa o combinatoria de sensaciones, forjaría las «ideas compuestas». Las «ideas compuestas» no son sino combinaciones de ideas simples que forja nuestro espíritu por mecanismos que en él mismo residen.

La filosofía queda así reducida para Locke a un análisis u observación del espíritu y de su funcionamiento. Obedeciendo al principio general racionalista, pretende deducir el ser de la realidad exterior de acuerdo con ese análisis del pensamiento. Divide a este efecto las ideas en ideas *primarias* y *secundarias*. Son secundarias aquellos sensibles que sólo se hacen patentes a un sentido. Tal un color, que sólo puede verse; o un sonido, que no puede sino oírse. No se puede oír un color o ver un sonido. Primarios son, en cambio, los sensibles que se manifiestan a varios sentidos. Así, el movimiento, la figura de las cosas, la extensión, que pueden verse, pero también tocarse. Para Locke, son reales estas cualidades primarias de los cuerpos, pero no las cualidades secundarias (colores, olores, sabores, etcétera), que son sólo modos de reaccionar nuestra espíritu.

Las consecuencias de este empirismo radical son

inmensas: restaura, en primer lugar, respecto al valor de las ideas o conceptos, una teoría semejante a lo que los medievales llamaron nominalismo: la naturaleza ha de ser conocida y dominada por la experiencia; sólo existe lo concreto y sensible; las ideas son elaboraciones que en nuestra mente sufren las sensaciones, y no responden a la realidad. Ello no quiere decir que no sea posible un conocimiento total, necesario o exhaustivo, de la naturaleza, como quería el racionalismo. Pero este conocimiento ha de adquirirse por la experiencia concreta, porque ni poseemos ideas innatas ni nuestros conceptos representan nada real y estable para poder derivar de ello, por vía de deducción, verdadera ciencia.

Otra consecuencia del sistema de Locke es la posibilidad, según él, de estudiar la vida del espíritu por el mismo procedimiento experimental y matemático con que las ciencias físicas estudian a la naturaleza. Si en la mente no hay más que sensaciones que se asocian, componen o dividen, según hábitos o mecanismos del espíritu, podrá tratarse la psicología de modo análogo a como la física estudia los átomos y sus leyes, o la astronomía los astros y sus movimientos. Además, podrán cuantificarse los hechos psíquicos y estudiarse matemáticamente. De Locke partió una corriente psicológica llamada *asociacionismo*, que pretende estudiar la psicología al modo físico-matemático, como una ciencia más: la psicología experimental.

La tercera consecuencia del empirismo es de orden político. Se considera a Locke como el padre del liberalismo democrático. Si las ideas en general son meras formaciones del espíritu—de cada espíritu concreto—y no tienen una realidad ni una validez objetivas, a nadie se le pueden imponer, ni deben erigirse, por tanto, en norma o principios de la gobernación del Estado. Función del Estado será

sólo coordinar y defender las libertades de los individuos, y las orientaciones que deban guiar a los que gobiernen procederán de la voluntad de la mayoría, empíricamente consultada en sufragio por individuos.

Pero mucho mayores y más sorprendentes consecuencias sacó de estos principios el segundo de los grandes filósofos empiristas: el obispo anglicano Jorge Berkeley (1685-1757). Berkeley es el primer filósofo que extrae de la actitud general racionalista su consecuencia natural, que es el *idealismo*. Veremos qué es el idealismo y por qué camino llega a él este filósofo.

Locke había distinguido entre las cualidades primarias y las secundarias, y concluyó que las primarias, contrastadas por varios sentidos, son reales, al paso que las secundarias, privativas de cada uno, son meramente subjetivas. El color, el sonido, el olor, no existen fuera de mí, son reacciones de mi espíritu. Berkeley acepta esta última afirmación, pero no ve ninguna razón para atribuir realidad exterior a las cualidades primarias. Nuestro espíritu trata sólo con «ideas» (sensaciones y sus compuestos); nosotros suponemos que ese mundo ideal, mental, es representación de otro mundo que es exterior a nosotros mismos. Pero ese mundo objetivo no lo ha visto nadie, porque nadie ha salido jamás de su propia mente. ¿Por qué afirmar lo que nunca se ha visto ni, por principio, es posible ver? Puedo suponer—dice Berkeley—a ese mundo exterior a mi mente como se me antoje; siempre será «el mentir de las estrellas» porque nunca traspondré yo—ni nadie—los límites del propio conocimiento para comprobarlo. La consecuencia es, para Berkeley, el idealismo absoluto, que consiste en negar la existencia de una realidad exterior a la mente, o, como dice él, en que el ser de las cosas consiste en ser percibidas

(*esse est percipi*). Las cosas existen en tanto que son percibidas por mí; cuando dejo de percibir las, dejan ellas de existir, porque su ser no era otro que mi percepción de ellas.

Este idealismo berkeleyano es el que se conoce en filosofía con el nombre de idealismo *psicológico*. Como los empiristas parten del análisis del espíritu individual, concreto, la consecuencia de Berkeley es que el ser de las cosas es creación de su propio espíritu individual, que sólo él (Berkeley) existe, y lo demás existe sólo en cuanto percibido por su espíritu. Más adelante veremos otra clase de idealismo, el idealismo *lógico*, que supondrá a la realidad creación del espíritu, pero del espíritu humano o razón en general, de la que participan todos los hombres.

Todavía cabe un paso más en este análisis demolidor de los empiristas británicos, y éste lo da el filósofo escocés David Hume (1711-1776). Locke había concluido de su examen que sólo una clase de los datos sensibles tienen un fundamento en la realidad. Berkeley, dando un nuevo paso, ha negado objetividad a todo conocimiento: sólo existe el espíritu individual como sujeto o sustancia de los fenómenos psíquicos y los propios fenómenos psíquicos causados o producidos por el espíritu. Pues bien, Hume va todavía más lejos: si, como decía Locke, no debe admitirse más que la experiencia sensible, hay que convenir en que nadie vio nunca lo que llamamos *sustancia*, ni lo que conocemos por *causalidad*, ni tuvo de ello ninguna clase de percepción sensible. Esta mesa que tengo ante mí me es conocida por una impresión visual de color gris, por otra táctil de suavidad, por otra olfativa de madera fresca, etcétera. Yo no conozco más que esto, pero supongo que todo ello son accidentes de un sujeto común (o sustancia) que es *esta mesa*, un algo que supongo idéntico y permanente aunque el color varíe si se

la pinta, aunque su tacto se altere, aunque desaparezca aquel olor. Pero yo no he visto nunca esa sustancia *mesa*, ni puedo verla, porque mis sentidos no me informan más que de esas cualidades sensibles. ¿Por qué entonces admitir como real lo que no he visto? Otro tanto sucede con la causalidad. Yo siento, por ejemplo, que hace calor. Y observo, una y otra vez, que un objeto metálico—un carril del tren, por ejemplo—se dilata cuando esto sucede. Y digo que «el calor es causa de esta dilatación», o que «esa dilatación es efecto del calor». Pero la causalidad misma no la he visto, ni la ha visto nadie. Si quiero ser exacto en mi testimonio, podré decir solamente que a un aumento de temperatura ha seguido una dilatación en ese cuerpo, pero no me será lícito interponer ese nexo de causalidad del que nada sé por experiencia. ¿Para qué darle entonces carta de realidad?

Ni la idea de sustancia ni la de causalidad tienen un fundamento real, según Hume. La consecuencia es clara: Berkeley se excedió al admitir que yo soy una sustancia respecto a los hechos o fenómenos psíquicos, y que esos fenómenos psíquicos son causados por mi espíritu, esto es, reconocen en mí su causa. En rigor, sólo puede admitirse la existencia de los fenómenos mismos (*fenómeno* procede del verbo griego *faino*—*aparecer*—, es decir, lo que aparece). La realidad y el yo se han disuelto a manos del empirismo en una sucesión de fenómenos, sin más. De hechos psíquicos y combinaciones de éstos. La conclusión de Hume va, pues, más lejos del escepticismo absoluto, hasta los límites del nihilismo.

El empirismo inglés, siguiendo los postulados del racionalismo cartesiano, pero tomando otra direc-

ción, aplica una dura y progresiva crítica a las construcciones metafísicas del racionalismo continental. Aunque puramente destructor, tuvo, como todo escepticismo, una misión histórica muy concreta: aguzar y depurar la corriente ideológica vigente, y hacer así posible—y necesario—un sistema profundo y coherente que busque una solución adecuada y comprensiva a las objeciones internas. Este sistema será, como veremos, el de Manuel Kant.

EL SIGLO DE LAS LUCES Y LA REVOLUCION FRANCESA

El espíritu del racionalismo y, en general, de la nueva filosofía se mantiene durante los siglos XVI y XVII confinado en medios filosóficos y universitarios muy reducidos. La sociedad en general y el régimen político de los pueblos se conservan durante estos siglos muy semejantes a lo que habían sido durante la Edad Media. El espíritu religioso continuaba vivo en todas las clases de la sociedad, pues, aunque el protestantismo había escindido a los cristianos y las guerras de religión asolaban a Europa, una auténtica religiosidad dominaba incluso entre los mismos protestantes, que no podían prever, naturalmente, las consecuencias de la herejía. La sociedad estamentaria y la monarquía por derecho divino se mantenían en todas partes.

Durante el siglo XVIII el espíritu de secularización, de suficiencia racional y de escepticismo invadieron la sociedad, no en sus clases medias y populares, que fueron las más adictas a la fe y al antiguo régimen, sino en los medios aristocráticos y cultos.